

—¡Ilustre entre los ilustres!

—En suma, dijo Alcorta que quería echar el tapado á todos, es una Minerva mexicana.

El Dictador, que se vió tentado á correr tras ellos para callarlos á puntapiés, y que lo hubiera hecho á no estar cojo, exclamó cruzando los brazos:

—Si estos imbéciles son los ministros, y por consiguiente la gente más conspicua entre toda la que me rodea, ¿cómo serán los demás? ¿No tengo, pues, razón en poner el pié en el pescuezo á tanto canalla adulator? Ya, ya irán sintiendo quién soy y de lo que soy capaz, y entonces hasta estos mismos miserables que me ayudan á oprimir á las turbas de mentecatos, llegarán á temblar en mi presencia. ¡Y vaya si temblarán!

Se rió nerviosamente, se levantó y se dirigió para el comedor en donde lo esperaba la mesa de Estado, é iba así murmurando:

—¡No suena mal eso de Alteza Serenísima.



#### CAPITULO IV.

##### *Yncienso y lágrimas.*

EL exterior de la ciudad de México era brillante. El general Santa-Anna, en aquella época, (ya declarado Dictador y Alteza Serenísima) se había sabido rodear de las personas acaudaladas, de los miembros del alto clero, de los políticos de más nota del partido conservador, de algunos liberales tímidos ó acomodaticios, y finalmente, del elemento militar en que no faltaban los jefes de distinción.

Las tropas, vestidas con uniformes chillones, recorrían las calles llevando á la cabeza sus músicas, Su Alteza Serenísima iba al paseo acompañado de generales llenos de entorchados y seguido siempre de numerosa escolta, concurría á su palco en el teatro en donde se veían los gastadores con sus gigantescas gorras de pelo y con sus barbas que les cubrían el pecho; por las mañanas había suntuosas fiestas en las iglesias, y por las noches sa-



raos á que concurrían las damas principales cargadas de joyas; los caballeros de la Orden de Guadalupe lucían con cualquier pretexto sus capas blancas, y todo presentaba el aspecto de una constante fiesta, como si ya todas las necesidades estuvieran satisfechas y vivieran felices los habitantes de la Capital, á virtud de reinar también el bienestar en toda la Nación.

Nos formaremos una idea mejor de aquel entonces, entrando al palacio en una noche de baile.

No había luz eléctrica, porque ni siquiera el gas se conocía entonces; pero en cambio había un enorme número de velas de esperma ardiendo en arañas de cristal y candelabros esparcidos por el inmenso salón de recepciones, que además estaba tapizado de espejos y vestido con colgaduras encarnadas. El dosel con el sillón dorado y cubierto de terciopelo carmesí, lleno de flecos y borlas de oro, estaba en el fondo destinado únicamente para Su Alteza.

Una valla de tropas atravesaba la plaza hasta la embocadura de la calle de Plateros, y por esa valla pasaban hasta entrar en el patio del palacio, los coches que llevaban á las familias invitadas, todas de primera calidad.

El pueblo, muy paciente, contemplaba en silencio aquel lujo, como si no estuviera muriéndose de hambre á consecuencia de la falta de trabajo, de la carestía de los víveres y de lo crecido de las contribuciones, que todas iban á parar, como siempre, sobre las clases miserables.

Eran las nueve y media de la noche, y ya las sillas de medio salón estaban ocupadas por las damas jóvenes y viejas que se habían apresurado para ganar lugar lo más cerca posible del Dictador, que era el que atraía todas las miradas y el que arrancaba todas las exclamaciones; ya se

veían en el centro muchos grupos de generales, de altos empleados, de magistrados y demás gente de pró, cuando se notó un gran movimiento cerca de la puerta de entrada: ¡era que llegaba el ministro de la guerra vestido de gran uniforme!

Los más próximos formaron dos alas compactas inclinando la cabeza para saludar al recién venido, mientras los de más lejos corrieron en tropel á encontrarlo: á muy pocos de todos aquellos se dignó el personaje tenderles la mano, mientras que todos á la vez se disputaban la delantera para que les dirigiera la palabra.

—Exmo. Señor Ministro! repetían cien voces, mientras que otras, muy pocas, las de los amigos de confianza, le decían simplemente:

—Señor general.

—Buenas noches, señores, les contestaba á algunos con negligencia.

—Y la salud, Exmo. Señor? se atrevió á preguntarle un rico.

—Regular, regular, le contestó el ministro pasando adelante.

Después que hubo saludado á algunas señoras, sus preferidas, fué á colocarse en el centro del salón en donde luego le rodearon veinte ó treinta sujetos muy sumisos que parecían beber el aliento de sus palabras. Aunque de suyo no fuera chistoso, todo lo que decía caía en gracia y lo festejaba aquella multitud abigarrada con exclamaciones llenas de inoportunidad.

Cada llegada de un ministro nuevo producía igual sensación, iguales demostraciones, iguales bajezas; pero ninguna fué tan estrepitosa como la de Bonilla, ministro de



Relaciones, á quien se suponía el director de la política y el hombre de más influencia en el gobierno.

Quando este ministro apareció prodigando saludos y sonrisas, las extremidades del salón se despoblaron y se formó á su paso casi un tumulto: ninguno quería quedarse sin el saludo, sin la sonrisa, ó cuando menos sin la mirada del grande hombre.

—No hay funcionario más popular que Su Excelencia, le dijo el Presidente municipal que, quisiera que no, le había cogido del brazo.

—Todos lo adoramos, exclamó un magistrado que había podido oír el anterior piropo.

Y como un capitalista que iba en la bola no quería quedarse atrás en lisonjas, dijo por su parte en voz alta:

—Sus altas cualidades hacen que lo distinga con un cariño especial Su Alteza Serenísima.

—Y á propósito, preguntó el ministro, ¿no ha entrado aún al salón el Exmo. Señor Presidente?

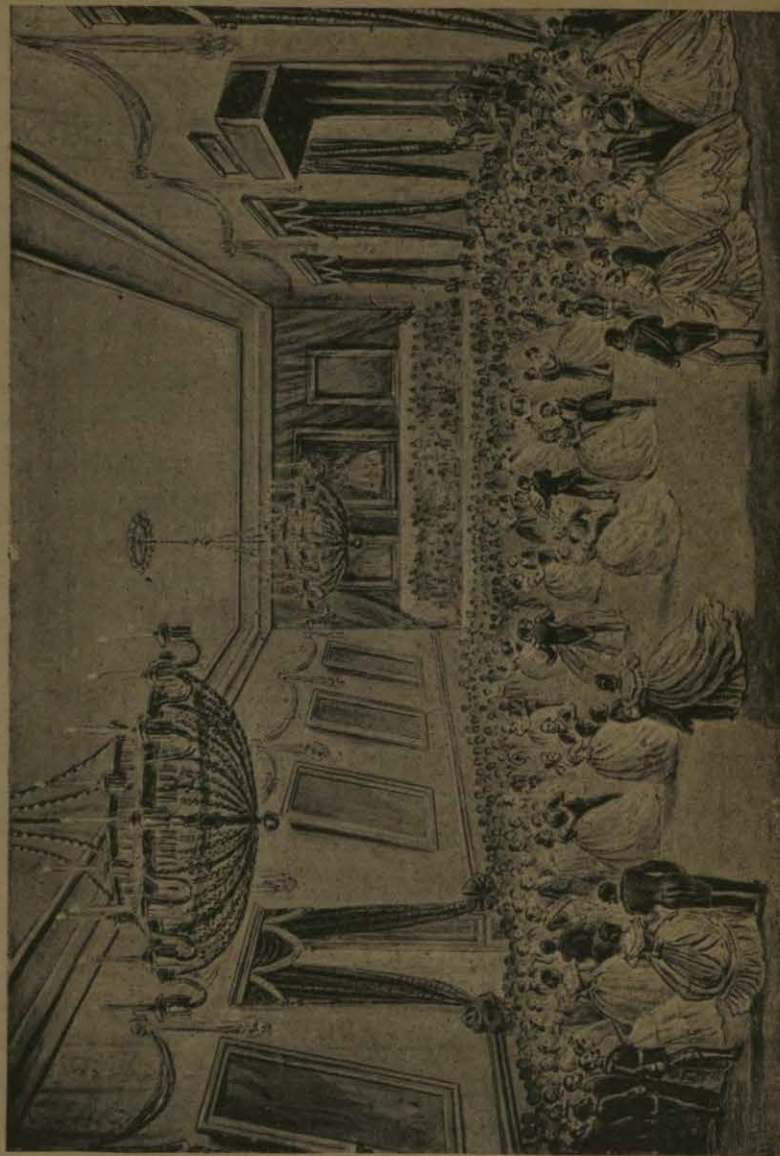
Oyó la pregunta un militar y se apresuró á dar la siguiente contestación:

—Su Alteza Serenísima está en su despacho y por dos veces preguntó ya si no había llegado Su Excelencia, que es lo único que espera para salir.

—Corra usted á decirle que aquí estoy.

—Con su permiso, Excelentísimo Señor.

Entonces los ministros todos y algunos generales se acercaron á la plataforma, cerca de la pequeña puerta por donde había de aparecer Santa-Anna, formándose en torno una avalancha de personas, con desesperación de las damas que desde sus sillas no podían ver la entrada del Dictador.



*Baile en Palacio en honor de Su Alteza Serenísima.*



De repente el uger dijo con voz robusta:  
—¡Su Alteza Serénísima!

Y entró cojeando el hombre que á falta del pie tenía la muleta sobre el pescuezo de todos los mexicanos.

Amante como era Santa-Anna de las grandezas, y con la ilusión que se había forjado de que era el soberano más sólidamente establecido en el mundo, dirigió una mirada de protección á toda la concurrencia, dió un vistazo á las damas y otro á las composturas del salón y dando orden al maestro de ceremonias para que hiciera comenzar el baile, se dirigió á la plataforma seguido de sus ministros y siempre rodeado de guardias, sentándose en el sillón dorado muy erguido, como si realmente él fuera un monarca y toda aquella gerte vil formara su corte.

Los ministros, de pie, se colocaron á sus lados, tocó la orquesta y comenzaron las cuadrillas de honor, solamente para las ocho parejas designadas en el programa.

Mientras se bailaban tales cuadrillas, se mandó despejar el frente, á fin de que Su Alteza Serénísima las disfrutara con la vista, ya que no podía bailarlas, ¡y era de contemplársele entonces, arrellanado en su sillón, alta la cabeza y el cuerpo rígido, como una especie de divinidad dispuesta á recibir los golpes de incensario! Por supuesto que no dejaba el manto de comendador de la orden que pendía de sus hombros, figurándose que era manto real y de buena gana hubiera ostentado una corona también si hubiera encontrado ya la oportunidad de lucirla, pues es fama que llegó á prepararla, con la idea fija, que no llegó á quitársele nunca, de que algún día se vería coronado.

Eran tan abyectos tanto los que estaban cerca de él, como los que estaban lejos y le servían de procónsules en los departamentos, que ya no era más que cuestión de in-



dícar un capricho cualquiera para realizarlo, sin temer de parte de nadie ninguna objeción. A todo el país tenía sujestionado, todo el país obedecía sin chistar sus más insensatas disposiciones y estaba seguro de que todo el país se inclinaría ante él á la hora que se le antojara decirle:— Soy tu emperador.

Cuando concluyeron las cuadrillas, los ministros volvieron á su lado, y entonces empezó á designar las damas y caballeros de más distinción á quienes permitió que se le acercaran á decirle alguna lisonja. Ya todos sabían que se le recreaba mucho el oído cuando se le comparaba á Cesar, á Alejandro, á Carlos V, á Luis XIV ó á Napoleón Bonaparte y le decían y se dejaba decir las mayores barbaridades á este respecto. El benemérito de las Américas, el hombre de Estado del siglo, el primer capitán de la época, el Regenerador de la Patria, el padre de los pueblos en la paz y el héroe de las batallas en la guerra, eran las expresiones más llenas de sencillez entre toda la bambo-lla que se le armaba por aquel enjambre de aduladores que se arrastraban como culebras ante su divina majestad.

Mientras que se daban tan espléndidas fiestas en Palacio, en que la servil muchedumbre de escogidos, festejaba con himnos de alabanzas á su Señor, en centenares de casas se presenciaban escenas como la que va á referirse en seguida:

Una familia compuesta de la señora y tres niños está reunida en el estudio del jefe de ella, que es un distinguido abogado, quien con toda serenidad está arreglando algunos libros y papeles. La señora está llorosa y las niñas la rodean con las lágrimas en los ojos, lo que notado por el caballero, les dice, procurando dar á su voz, si no el tono de la fortaleza, al menos el de la resignación.

—No se aflijan ustedes por esto, he de volver, nuestra separación no ha de ser eterna.

La madre y las dos hijas, lejos de consolarse, derramaron lágrimas en silencio.

De pronto se abrió la puerta del gabinete y dió paso á una señora de noble aspecto, vestida de negro, seguida de una joven también de buena figura y también vestida de luto. Ambas venían desencajadas, pálidas, demostrando tanto en los ojos, como en todo el semblante, el mayor sufrimiento.

—Señor licenciado, amigo mío, se lo acaban de llevar. . . se lo acaban de llevar entre soldados. . . no han querido decir á qué prisión. . . ni por qué causa. . . ni nada. A nosotras nos tuvieron encerradas mientras los otros que se lo llevaron se alejaban.

Las personas que estaban en el estudio del abogado, sorprendidas de pronto, comenzaron á comprender lo que pasaba, cuando éste dijo:

—Han puesto preso al marido de usted, ¿no es esto?

—Sí, señor licenciado, y vengo para que usted haga algo por él inmediatamente. . . para que usted lo defienda. . . para que. . .

—Sí, señor licenciado, agregó la joven llorando, tenga usted compasión de nosotras.

—Pero, hijas mías, respondió el abogado con pena, ¿qué puede hacer un hombre que ha caído también en desgracia y que está disponiéndose para salir desterrado?

—¿Usted desterrado? . . .

—El ha sido desterrado. . . sí, dijo la señora del abogado, figúrese usted cómo estaremos.



—¿Pero usted, siendo amigo del gobierno? . . . no me cabe en el juicio.

—Sí, hasta ayer, hace tres días mejor dicho era yo, si no amigo del gobierno, á lo menos su empleado en el tribunal. . . en donde me parecía que nada tenía que ver con la política; pero rehusé el obsequio que se me hacía de una cruz, de un manto. . . de yo no sé qué cosa de la orden guadalupana, porque no soy amante de las mogi-gangas, y en castigo se me destituyó del empleo y se me ha mandado salir fuera de la República.

—¡Cuánto lo siento! . . .

—Lo sentimos mucho, dijeron madre é hija; y luego agregó la señora:

—De todas maneras, usted sabe siquiera cuál es su delito, señor licenciado; pero Bonifacio no lo sabe: simplemente un oficial con un papel del ministerio de la guerra, según dijo, y sin darle tiempo ni para darme algunas instrucciones sobre sus negocios, lo cogieron entre dicho oficial y dos soldados y se lo llevaron.

—Si fué orden del ministerio de la guerra, que tiene á su cargo también la policía, ya sé cuál es el delito que le imputan al señor don Bonifacio.

—¿Cuál, señor licenciado?

—El de desafecto al gobierno. Probablemente algo dijo y lo denunciaron.

—Eso ha de ser: Bonifacio ni aun delante de los criados podía contenerse, y siempre ha estado diciendo sin precaución ninguna, que este gobierno de Santa-Anna es una tiranía.

—Sí lo es en efecto: todos sabemos que el Presidente no es tal Presidente, sino un déspota como Nerón ó como cualquiera otro de los tiranos que ha habido en el

mundo; pero está prohibido decirlo, lo mismo que pronunciar cualquier palabra de desagrado contra él ó contra sus ministros ó contra una autoridad cualquiera.

—¿Y qué pena tienen los desafectos, señor licenciado?

—Eso depende del espíritu ó mejor dicho del estado de ánimo en que se encuentran los que gobiernan: unas personas son desterradas, otras son llevadas á San Juan de Ulúa y otras á las prisiones militares; sólo cuando hay, ó suponen que hay el delito de conspiración, aplican la pena de muerte.

La hija de don Bonifacio prorrumpió en llanto.

—¿Acaso teme usted, señorita, que acusen á su papá de conspirador?

—Puede ser muy bien, porque yo oí decir á uno de los esbirros estas palabras: ¡es fuerza acabar ya con todos estos conspiradores!

—No lo crea usted. El señor don Bonifacio es un hombre muy pacífico. Es muy capaz de cometer cualquiera indiscreción de palabra, pero no de conspirar. . . ¿Registraron sus papeles?

—No registraron nada.

—Entonces pueden ustedes jurar que sólo pesa sobre él la acusación de desafecto, y que su prisión no será larga.

Ya una vez calmada la ansiedad de las dos visitantes con las buenas reflexiones del abogado, la esposa de éste y sus dos hijas, pudieron á su vez exhalar sus quejas y derramar abundante llanto, pues que el distinguido abogado tenía que salir al día siguiente sin ninguna excusa, é ignorando en todo caso cuándo regresaría.

Tales eran los contrastes que ofrecía aquella aciaga época.



## CAPITULO V.

*Nubes y relámpagos.*

TODAS las apariencias hacían creer en los pocos países extranjeros que fijaban su atención en la República Mexicana, así como á las personas que se estaban engullendo los millones que había producido la venta ignominiosa de la Mesilla, que el gobierno de Santa-Anna era el mejor de los gobiernos. Los pocos periódicos que se publicaban, porque la prensa estaba completamente amordazada, entonaban constantemente un coro de alabanzas al Dictador: decían que era magnánimo, que era generoso, que era noble, que era humano, que era inteligente, que era previsor, que era honrado, que tenía el conocimiento íntimo de los hombres capaces á los cuales sabía elegir para el desempeño de los cargos públicos, que era modesto en medio de su grandeza, que era hábil gobernante, que sabía hacerse querer y respetar, que era, en

suma, el único mexicano digno y competente para dirigir la nave del Estado. Los comandantes militares, que eran á la vez los gobernadores de los Departamentos, obedecían sus órdenes ciegamente desde los lugares más lejanos, no obstante que no había telégrafos ni ferrocarriles, ni puestos militares estratégicos para tenerlos en un puño y sólo porque de la nada los había elevado y los había hecho suyos. El ejército formado y atendido por él especialmente, por más que siempre hubiera sido el de los pronunciamientos que habían derribado una tras otra las administraciones, en esta vez era su principal sostén, porque lo mandaban sus generales más adictos, á quienes el mismo Dictador había dado las insignias del mando, de modo que contaba para ser defendido á todo trance en cualquiera emergencia con más de cuarenta mil bayonetas. El clero, que tenía bajo aquel régimen todas sus preeminencias, todas sus ambiciones satisfechas, todo su poder y toda su influencia, así como el goce pleno de sus tesoros acumulados en varios siglos, manifestaba su contento por medio de sus estrepitosas fiestas eclesiásticas. Los ricos, y principalmente las familias que se creían de elevada alcurnia, con sangre azul en las venas y con pergaminos de nobleza en sus armarios, se complacían con la etiqueta aristocrática que se había introducido en el palacio de los Presidentes, y se disputaban el honor de concurrir á las recepciones y saraos que allí se daban con cualquier motivo. El comercio, aunque pagara fuertes contribuciones, se daba por muy satisfecho con que no hubiera asonadas ni préstamos forzosos. Los mineros y los agricultores se dedicaban á sus faenas tranquilamente, pensando en que tal vez una dictadura que parecía tener el brazo de hierro, aseguraría por muchos años la paz, aunque fuera una paz



oprobiosa, dándolo todo por bien empleado por tal de que los dejaran trabajar y recoger el fruto de sus propiedades. Los partidos políticos parecían haberse fundido en el solo partido del poder, al cual rodeaban los liberales tímidos llamados moderados, los conservadores y monarquistas, los clericales, y especialmente los personalistas, formando todos juntos lo que se llamaba el poderoso partido santanista. La masa del pueblo, á lo menos en algunas capitales, parecía contemplar lo que sucedía con la mayor indiferencia: todos sentían el peso enorme de los impuestos; todos sabían que el gobierno estaba cometiendo iniquidades; á todos constaba que se derrochaba el dinero de la Nación en enriquecer á los favoritos, en obras de vanidad y de lujo; todos miraban que el despotismo y la opresión y la tiranía que se ejercían en el centro, eran espantosos; todos experimentaban también la insolencia y la maldad de los lugar-tenientes que les imponía el Dictador; no había quien no maldijera para sus adentros aquella situación de vilipendios, en que sólo sacaban grandes ventajas unos cuantos; pero como estaba prohibido hablar y quejarse, como se le tenía miedo al espionaje, como el destierro, la prisión y la muerte se seguían inmediatamente á cualquiera manifestación de descontento, todas las gentes sufrían con resignación aquel yugo inicuo y guardaban silencio ante todas las injusticias y ante todas las iniquidades. Y así los padres no tenían confianza á los hijos, los hermanos á los hermanos, ni los esposos á sus mujeres para decirles lo que sentían, temiendo que el rumor de sus quejas llegara á los oídos del tirano y les causara el castigo como llovido del cielo. Frecuentemente se ignoró de dónde partían algunas delaciones secretas, que sólo se adivinaban por los resultados, cuando algunos

eran conducidos á las prisiones sin que nunca se les hiciera saber su delito. Así es que todos callaban, y si acaso se quejaban era derramando lágrimas en silencio. Como en los tiempos de Calígula y de Nerón, en Roma, nadie sabía á qué horas le llegaba su turno de ser llevado por los esbirros al cuartel y de allí á los calabozos ó á la deportación.

— Solamente los que vivían en las montañas ó en algunos pueblos aislados, á donde no llegaban el delator ni el esbirro, podía hablarse con cierta libertad, y allí sí se decían unos á otros: ¿será posible que la raza mexicana que siempre ha sido tan amiga de la vida libre, de sus fueros republicanos y de mantener incólumes sus derechos, esté hoy tan envilecida que soporte con calma la odiosa dictadura que se ha entronizado en la Capital? ¿qué se han hecho los bríos de todos aquellos hombres que tiraron el guante al inmenso poder español, que tanto combatieron primero por su independencia y luego por su libertad, dando muestras de un valor nunca desmentido? ¿En dónde están los brazos que tantas veces desafiaron el peligro y la muerte luchando con tesón porque la nación mexicana fuera una República independiente y libre? ¿Qué cobardía es la que tiene á todos amilanados, á todos sobrecojidos de terror, á todos de rodillas ante un déspota á quien pueden deshacer con el soplo de la voluntad común? ¿Qué diabólico dominio es el que tiene el general Santa-Anna sobre todos sus gobernados, que los hace temblar ante él de miedo, humillarse á sus plantas y lo alaban como si fuera una divinidad? ¿Qué magia es la que lo rodea, que hace que una nación entera esté prosternada á sus piés como si fuera compuesta de mandrias?

Y estas terribles exclamaciones fueron repercutien-



do de montaña en montaña y formando nubecillas que, á fuerza de ser muchas se hicieron densas, apareciendo más visibles y más amenazadoras que en ninguna otra parte, en el Sur de la República, donde tenía el mando supremo uno de los patriarcas de la independencia que no se había encanallado ni con el roce, con el contacto y la comunicación constante en que había estado con los corifeos del despotismo. El general don Juan Alvarez siguió manteniendo bien escondido en su hacienda de la Providencia el fuego de la libertad, y era uno de los pocos que se atrevían en aquel entonces, gracias quizás también á su situación casi independiente, á reprobar, si no en alta voz, al menos en el seno de la familia y de sus amigos, lo que estaba pasando en México.

Estaba reconocido como jefe de los surianos; Santa-Anna y sus consejeros no habían podido, por más que lo habrían deseado, acabar con aquel patriarca de setenta años que tanta sombra les hacía con su vida y ejemplo de republicano austero y sin mancha, y esa jefatura que él conservaba á pesar de los mandarines de la Capital, lo hacía ser visitado en sus posesiones por todos los hombres de más importancia en aquellos lugares: así un día en que el administrador de la aduana de Acapulco, que era un coronel retirado, había ido á tener con él una entrevista con motivo de cualquier asunto oficial ó particular, don Juan Alvarez le había dicho:

—¿Qué noticias hay de México? ¿qué sabe usted de nuevo?

—Siguen á la orden del día las francachelas.

Don Juan Alvarez, que tenía alguna práctica de los hombres y que era malicioso, paró el oído, como suele decirse, y exclamó para sus adentros: «Este es también un

descontento que puede llegar á ser aprovechable.» Luego en voz alta:

—A mí me encargan que vigile á las gentes de la Aduana.

—¡Ah! ¿ya sabe usted, señor general?...

—Sí, ya sé que á usted, señor Comonfort, que es el mexicano más honrado que ha llegado á ocupar un puesto público, lo tachan de ladrón nada menos. . . .

Don Juan era francote, soltó así la palabra, y Comonfort se puso de color de púrpura. Fué necesario que hiciera un esfuerzo sobre sí mismo, que sabía hacerlos, porque tenía el arte de dominarse, para no estallar, y respondió con calma aunque afectada:

—Ya pedí que sometan mis actos á un procedimiento.

—Pues los someterán y lo declararán á usted culpable, porque lo que quieren es perderlo.

—¿A mí? . . . ¿por qué?

—Porque lo suponen adicto á mi persona sabiendo que es usted hombre de bien.

—En efecto: saben ya, según me han comunicado personas de México, que ambos tenemos relaciones de buena amistad; pero lo principal es que ni á mí ni á usted nos quieren las gentes del poder.

—No somos santos de su devoción, y la prueba la tenemos en esos espías que ya con un pretexto, ya con el otro nos están mandando continuamente. Ahora precisamente han pasado por aquí dos individuos que se dicen ingenieros y que no son mas que policías del ministerio de la guerra, los que dizque llevan la misión de examinar los fuertes de Acapulco. Podría jurar que esos ya mandaron



ó van á mandar un correo extraordinario al ministro, haciéndole saber que usted ha venido á la Providencia.

—Esa situación en que estamos es intolerable, señor general.

—Y más lo será ahora que vengan las tropas con la misión de defender el puerto contra un ataque de piratas imaginarios que han de venir de San Francisco, mandados por el conde Rausset de Boulbon.

—Usted dice bien, señor general, esas tropas no vienen contra ningún enemigo, sino contra usted y contra todas las demás personas que al gobierno son desafectas.

—Entre las que nos encontramos nosotros, así como el coronel Villarreal y el general Moreno.

—Pero cuando así se enzañan contra servidores de la Nación que no han dado motivo para que se sospeche de su lealtad, ¿qué es lo que pretenden?

—Que saltemos las trancas.

—No lo crea usted, general, eso no es posible.

—¿Qué es lo que no cree usted posible, señor don Ignacio?

—Que nosotros imaginemos siquiera tirar el guante á un poder tan colosal como el del general Santa-Anna.

—Y en tal caso, si nosotros quisiéramos alzarnos y defendernos, ¿qué nos podrían hacer en nuestras montañas?

—Quizás llevaríamos una vida errante más ó menos larga, pero sin más provecho que el de escapar á las venganzas de los que se han declarado nuestros enemigos.

—Será ya mucho no entregarnos en sus manos como borregos para que nos asesinen; pero ¿cree usted en el fondo de su conciencia que levantándonos todos nadie nos seguiría?

—El país está tranquilo, y las pocas intentonas muy aisladas de algunos departamentos, han sido prontamente reprimidas.

—Y bien, señor coronel, si usted tuviera seguridad de que seríamos secundados en otros lugares, ¿se atrevería?

—A pronunciarme. . . . ¿yo? Es cosa que nunca he hecho.

—Pero ha llegado la hora en que debemos, en que estamos estrechados á hacerlo, si no queremos que nos descuarticen. ¿Ignora usted que ya vienen en camino los encargados de reducirnos á prisión ó tal vez de ejecutarlos? ¿No sabe usted que somos cuatro las víctimas escogidas usted, Villarreal, Moreno y yo?

Comonfort se quedó pensativo, y Alvarez en ese momento, como inspirado, dijo levantándose:

—Voy á presentar á usted una persona que llegó aquí anoche de Oaxaca y que le repetirá los informes que á mí me ha dado.

Diciendo esto se acercó á una puerta, llamó á un ayudante y le dijo algunas palabras. Dos minutos después apareció en la sala un hombrecito vestido de negro, muy trigueño, sin barbas, pero con una mirada que relampagueaba, manifestando en la viveza de sus ojos una inteligencia superior.

—Este caballero es el Lic. don Benito Juárez, que ha ocupado importantes puestos en Oaxaca, perseguido encarnizadamente por aquel gobierno como todos los liberales, y que podrá dar á usted buenas noticias.

Luego agregó don Juan dirigiéndose á Juárez:

—Puede usted hablar delante del coronel Comonfort; es amigo nuestro.



Entonces Juárez, en concisas palabras, dijo cómo había logrado escapar de Oaxaca, en donde se le perseguía de muerte, viniendo á buscar un refugio en las montañas del Sur, donde creía que debería oírse el primer grito de libertad en aquellas circunstancias, principalmente cuando se supiera que del mismo Oaxaca, lo mismo que de México y de Michoacán, tenían que salir, si no habían salido ya, algunas tropas para impedir todo movimiento del Sur, apoderándose de cuantos pudieran iniciarlo.

Aquellos tres hombres prolongaron su interesante conferencia por más de dos horas; el caso es que al separarse Comonfort para regresar á Acapulco, dijo ya con el mayor entusiasmo:

—Quedamos entendidos: Villarreal se pronunciará en Ayutla, yo lo secundaré en Acapulco y que el Dios de las victorias nos proteja.

—Amen, le contestó Alvarez sonriéndose.

Cuando Comonfort estuvo montado á caballo en el patio de la hacienda, estrechó la mano al viejo patriota que le había acompañado, y le dijo muy quedo:

—Conserve usted á su lado á ese indito de Oaxaca; me parece muy inteligente y muy buen liberal.

Alvarez le contestó con un ademán que quería decir: ¡qué me cuenta usted!



## CAPITULO VI.

### Ayutla.

Cuando corría el mes de Febrero de 1854, la incógnita estaba descubierta por todas partes. Don Santiago Blanco, general conservador de los más recalcitrantes, había entrado al ministerio de la guerra en lugar de Alcora y eso tenía muy alta significación: la de que se debería llevar á sangre y fuego cualquiera campaña que tuviera que sostenerse contra los liberales, y la de que éstos serían eliminados, por más tibios que fueran, de las regiones del poder el cual tendría que ser exclusivista hasta su último extremo. Santa-Anna y sus ministros estaban bien enterados de que los hombres del Sur, de que siempre habían tenido recelos, estaban coaligados, habiendo llegado á entenderse, no obstante que el coronel Villarreal, jefe militar de la Costa Chica, había sido un instrumento allí de opresión del mismo gobierno; de que Moreno se había manifes-